

# UN TEATRO DE LOCURA

**Locura (de): “Expresión hiperbólica empleada para destacar algo extraordinario”**

**“Prefiero una locura que me entusiasme a una verdad que me abata”. Christoph Wieland**

**“¿Si yo no hiciera al menos una locura por año, me volvería loco!” ,,,, Jose A. Milián, que lo dice, ¡y lo hace!**

Decía un sabio lejano, cuyo nombre se me escurre, que la locura abre las rutas que después transitan los sabios (algo maravillosamente narrado en la obra de Pilar Teatre), acaso fortaleciendo los argumentos de las citas del encabezamiento. Sólo quienes creen en el poder de las palabras dan crédito a las mismas, claro, pero yo entono el mea culpa sin rubor, y hasta con orgullo. Dicho sea de paso, yo soy de los que sabe (o cree saber) que el hombre tiene tantas ganas de ser especial como miedo de ser diferente, y la frontera imprecisa de ambas categorías lo llaman, huy..., precisamente locura.

Pilar Teatre aborda en esta postrera singladura precisamente la compleja tarea de precisar esa imprecisión, acaso tarea imposible, y de nuevo nos asombran con malabares escénicos donde el humor directo o elíptico, las voluntariosas coreografías y la soterrada crítica social hacen piruetas entre los fogonazos de genialidades interpretativas individuales (quiero un par de voces como esas -reminiscencias platónicas- que me martilleen sin piedad mi conciencia, quiero moscas recalcitrantes posándose en mi estulticia vital, canes geniales trastabillando con mis rutinas, imaginarios acompañantes llenando mis silencios, enajenados e incomprendidos visionarios llenando mis vacíos... ), y el despliegue fabuloso de un arsenal audiovisual tan emotivo como potente (olé, olé, magnífico montaje del whatsapp, vídeos recopilatorios de ternura indescriptible...). Si me sorprende tanta idoneidad tecnológica es porque olvido otras producciones de PT pasadas, ¡pero es que cada año se superan más y más en creatividad! Un acompañante que calentaba el asiento contiguo al mío me empapó sin vergüenza con sus lágrimas en el último vídeo recopilatorio. No pudo aguantar (¡no quiso aguantar!). Y no era ninguna madre orgullosa.

También decía Bukowski que la gente que nunca enloquece debe tener una vida verdaderamente horrible. No me preocupa. Sólo quienes nunca se enamoraron, o nunca crearon, o nunca creyeron en quienes sueñan locuras, (o nunca escribieron un diario, o nunca lanzaron un tarta contra la cara de un amigo, o nunca saltaron a una poza oscura desde un alto acantilado, o nunca pescaron en el Amazonas, cimaron Riglos o dieron gas a su Harley) o, directamente, nunca pertenecieron a Pilar Teatre, se encuentran en esa categoría. No es nuestro caso.

Casi que resulta cansino, para quien esto escribe, manifestar su envidia sincera al contemplar cómo un solo hombre es capaz de aunar voluntades en un proyecto escolar de tan hondo calado pedagógico, con tanta eficacia (y eficiencia, que el tiempo es oro), con tanta maestría, con tanta profesionalidad, con tanto feeling, con tanta magia, con tanta ¿locura?

Casi que resulta cansino, para quien esto escribe, babear con unos guiones fabulosos, hilvanados con una contumaz destreza año tras año, que se ensamblan con precisión en finales redondos, que a fuerza de talento y de esfuerzo (¿qué es lo primero sin lo segundo?) el puzzle de las microhistorias, los actos y los gags deslumbrantes se completa milimétricamente con cada nueva y periódica locura escénica, en una fábula (¿autobiográfica?) de la trasgresión normativa, sin importar cuáles sean las nuevas piezas. El mago de la tramoya, como una vez lo llamaron, el genio de la arquitectura imaginativa que construye templos de sueños inolvidables, el dadivoso generador de irrepetibles experiencias que nos regala joyas memorísticas de incalculable valor (¿pedagógico?), el insuflador de ilusiones que esgrime el fuelle de la innovación escénica sabedor de que hay otras formas de hacer las cosas -de encender de otra manera la bombilla para alumbrar la opacidad de nuestra estulticia cotidiana- aunque no se ponga bata blanca sino que le baste con su arrollador carisma, el fugitivo de la ortodoxia educativa que los guía al Sangri-La de la excelencia formativa y de la creatividad emotiva saltando los muros de la *normalidad* y haciendo puenting sobre las estructuras educativas con mayor solera, el galvanizador de egos, el alumno de sus alumnos (¿cuánto habrás aprendido de ellos? ¿qué deuda no tendrán ellos contigo? ¿cuántas vidas serán necesarias para que uno de estos actores, que ha interiorizado tamaña experiencia hasta el tuétano de su conciencia, hasta el fondo de su alma, lo olvide?), el hombre que inocular sueños en nuestras conciencias con obscena sutileza, el valiente que se

atreve a exhortar abiertamente al público (en el pabellón de las locuras reprimidas) arrojándole un simbólico guante y confrontándolo con sus conciencias, con sus miedos, con sus debilidades, con sus omisiones, con sus responsabilidades (la principal obligación vital del hombre es ser feliz), invitándolo a vivir más y a sobrevivir menos, el embaucador que nos susurra que eso que estamos viendo es grande, es fabuloso, es diferente, es mágico, y que hace (¡cielos ¿cómo?! que nos lo creamos, el sutil Mateo que exprime las capacidades de cada uno de sus alumnos en una variopinta macedonia capaz de asombrar a propios y extraños (incluso a quienes “creen” conocer a esos alumnos,..., actores), ese hombre, digo, está loco. Lo está, sí, acaso porque sabe que pensar contra la corriente del tiempo es heroico, y que además, decirlo, es pura locura. Y yo añado,..., “y mostrarlo, una proeza”. Una más en un currículum plagado de locas aventuras interpretativas que casi alcanza los cuatro lustros.

Casi que resulta cansino, para quien esto escribe, a la vez que paradójico, saberme infeliz por no ser Pilar Teatre, y a la vez feliz por conocerlos, disfrutarlos y adorarlos.

La locura de este año, -esa insensata compañera de viaje vital que nos visita ocasionalmente-, es un auténtico homenaje a los valientes que buscan virar sus decisiones huyendo de los caminos trillados en busca del progreso social. Que progreso no es sólo el diseño de nuevas tecnologías, no sólo son smartphones que de tan inteligentes que parecen empequeñecen nuestra propia percepción de nuestra creatividad, sino también la generación de nuevos individuos libres, capaces de dar lo mejor de sí mismos; de aprender a aprender (ese difuso concepto legal de nuestras nuevas leyes educativas que tan fácil de entender es al ver Pilar Teatre); de aprender a aceptar sus propias limitaciones a la vez que exploran sus ignotas habilidades sociales, tan necesarias en el mundo que vivimos; de aprender a ser compañero y reforzar y reforzarnos mutuamente, lo que realmente significa saber que todo depende de ti, aunque seas una infinitesimal porción de un multidimensional tinglado de proporciones faraónicas, pero inútil sin tu participación, y exportar esta complicidad a otros, y a llorar de emoción, y a no sentir vergüenza por ello, y a reír sinceramente y, aún mejor, sentir el goce indescriptible de hacer reír, de hacer llorar, de hacer sentir; de aprender, no el concepto teórico de la tolerancia y el trabajo en equipo, sino a vivirlo, mucho mejor; de aprender que educar es algo más que cargar la mochila de certezas, que también hay bolsillos laterales para las dudas que nos erizan el vello de nuestras emociones, que importa poco saber que vello se escribe con uve y mucho sentir esa sensación cuando ahogas un grito de júbilo en la platea o las mariposas estomacales te mordisquean al declamar en el escenario; de aprender a enfrentarnos a nuestros miedos, los temores hijos del *qué dirán*, del *qué pensarán*, del *cómo voy a bailar yo en público (con lo torpe que siempre he sido)*, del *yo con fulanito no quiero hacer esa escena que me cae mal*, del *quién me mandaría a mí meterme en este fregado*, del *debería aprender a hablar más alto, más lento, más claro, más con el corazón...*; de aprender la diferencia entre conocimiento y sabiduría,..., aunque esto pueda parecer demasiado pretencioso, demasiado ..., de locos...

Una vez más agradezco de corazón la oportunidad que la vida me regala de asistir a estas locuras tan maravillosas que Pilar Teatre nos regala. Una de esas inolvidables tardes para archivar en el RMINTJSAPDL (Rincón Memorístico Imborrable No Tocar Jamás Señor Alzheimer Pase De Largo).

Sólo una tenue mancha entre tanto goce. Aconteció un ligero fallo en el mecanismo de apertura del telón, que pronto se subsanó, pero que se me antojó (pensamiento pueril) sospechosamente revelador. Como una suerte de inexplicable nexo significativo. Una negra premonición que por la noche me asaltó traicioneramente en forma de monstruosa pesadilla: que algo o alguien (hombres, leyes o “conveniencias sociales varias”) decida que ese telón no vuelva a levantarse. Si eso ocurriera, entonces dejaría de creer en el mensaje que anoche sinceramente interioricé: que el tiempo todo lo cura. Nada podría consolarme, ni mil años de telones bajados. No pueden arrancarnos ese pedazo de alma. ¿O sí?

De corazón, gracias por vuestro regalo. Por vuestra sana locura.

Gracias Jose, por estar tan loco.

Un incondicional de las locas aventuras de Pilar Teatre.